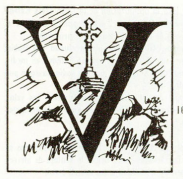
BIBLIOTECA MARCEL LÍ DOMINGO

BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal

S. BLANCH BALAGUER

Ráfagas



Viene de las alturas sobre la ciudad, en los primeros días de septiembre, una brisa cargada de gozo, como una precisa estocada a la monotonía de los grandes calores: las Fiestas de la Cinta, voz de hoy y de siempre que nos trae el recuerdo del tiempo en sus múltiples manifestaciones.

Bienvenidas. Ellas son como la nota alegre y luminosa de un farolillo a la veneciana en el agrisado vivir de cada día.

Las Fiestas de la Cinta son «nuestras Fiestas» por antonomasia. Llegan una vez al año, como las cosechas. Son retoños del árbol secular, que, aunque viejo, no muere, porque su vitalidad arranca de las raíces mismas de la Tradición.

El cortejo de la Alegría penetra en la ciudad abierta como antiguamente entraba por los siete portales de sus murallas.

Todo en las Fiestas tortosinas es un canto a la Fe y a la Tradición. Y todo, también, en la Naturaleza alaba a su Creador en estos días septembrinos. El sol, los pájaros, la brisa que susurra entre los árboles, el agua que discurre mansa por el cauce histórico, las campanas que se columpian en el vacío, la música, los cánticos, las preces, las procesiones... En la multitud, la alegría sana, que es vida para el cuerpo. En las personas de mente cultivada, el goce estético de las manifestaciones artísticas, que es la vida del espíritu.

Cuando las primeras luces del día reciban el saludo de los pájaros mañaneros, la gaita y el tamboril, con sus alegres estridencias y redobles, nos despertarán a la jocunda realidad de nuestras Fiestas.

Y pensaremos que nada ha cambiado en el tiempo. Así también despertaban a nuestros abuelos.

Las Fiestas patronímicas representan, en todas partes, una tregua en las querellas, en los negocios, en las preocupaciones cotidianas. La sociabilidad entre seres de varia condición se produce espontáneamente. Los relieves sociales se esfuman. El nivel impera, siquiera sea por unos días.

Ellas dispensan su alegría y su optimismo a todos por igual. Son como una gran copa de vino añejo en la que bebemos todos.

Así como la vista del agua exacerba el ansia del sediento, así también en el mocerío la ilusión de las Fiestas se renueva cada año, como las hojas de los árboles en primavera.

Y mientras la juventud disfruta con vehemencia, uno siente irreprimibles deseos de vagar por el mundo mítico en busca de la fuente de Juvencio, para beber de su agua mágica.

Vendrán los feriantes con sus baratijas, vendiendo ilusiones a los niños. Y los barquilleros con sus altos cubos llenos de sabrosas láminas y pequeños cucuruchos de pasta frágil. Y los tiovivos que dan vueltas siempre igual, como las ideas en la cabeza de los tozudos.

Y saldrán la «cucafera», con su apariencia de «fiera corrupia» de los viejos romances; los gigantes, con sus trazas de personajes mitológicos, imponentes, y los «nanos», con sus cabezotas descomunales, dejando por las calles una estela de gritos y risas.

Si refrescamos la memoria, creemos retroceder a nuestros tiempos infantiles y vivir uno de aquellos cuentos que tanto nos deleitaban cuando niños.

Así, en estos días propicios a la evocación, ponemos a refrescar nuestros pensamientos, como el botijo en el balcón las noches de verano.

«¡Qué Fiestas las de este año!», se dice la gente. El pueblo está en la calle —casi puede decirse que estos días vive en la calle— y exterioriza su entusiasmo ante la magnificencia de las iluminaciones, la originalidad de las carrozas, la calidad de las exposiciones artísticas, el triunfo de sus deportistas, la solemnidad procesional, la brillantez de las bandas de música, el esplendor de las cabalgatas, la suntuosidad del adorno ciudadano...

Y es sincero ese entusiasmo, como todas las manifestaciones del alma popular.

Razón de peso:

—¿Por qué hay tantas Cintetas en esta tierra tortosina? ¿Como un nombre tan generalizado puede simbolizar la gracia y la hermosura?

—¿Por qué hay tantas estrellas en el firmamento y, sin embargo, son tan bellas?

Esencia y razón de las Fiestas: Nuestra Señora de la Cinta, Patrona de la ciudad, que en su Real Capilla recibe el homenaje de amor y devoción de la gran familia tortosina.

El templo se llena a rebosar. Los tortosinos se congregan en él para sentirse hermanos bajo el mismo techo, en la casa de su Madre.

Y hasta los más escépticos acuden al templo, sallándose los prejuicios humanos con el mismo deseo expiatorio con que los antiguos paganos saltaban sobre el fuego sagrado en el rito de la purificación.

¡Virgen Santísima de la Cinta! Imán maravilloso que atrae loas y rimas, como el agua que después de la lluvia queda en los huecos de las peñas atrae a beber a los pájaros viajeros.

Sobre Ella, sobre su gloria, se derrama con gusto la inspiración de los poetas y prosistas.

Desfila la procesión, y a su paso las cabezas se inclinan reverentes ante la imagen de la Virgen, como se inclinan las ramas del pruno cargadas de fruto.

Alguna vez penetraron, incisivos, en nuestras Fiestas, modismos exóticos de dudoso gusto, como un corrosivo de las costumbres.

Pero los modismos de mal gusto avanzan y retroceden como las olas marinas. Y en la playa queda, permanente, la arena limpida y brillante de nuestro modo de ser, de nuestro pasado, cada partícula una gesta, cada brillo una gloria.

¡Dobre sino el de las maneras y modos de peor gusto! Son, simplemente, una moda.

Y ya dijo alguien que las modas son tan insoportables que sólo se las soporta cambiándolas continuamente.

Por la noche, el Parque hierve en animación. Raudales de luz descienden de los árboles, cargados del fruto luminoso de las bombillas, bañando en claridades a la multitud ahíta de músicas, jolgorio, amenidades.

Mientras, como un sereno del Municipio, la señora Luna, vela sobre la ciudad, con sus casas desiertas y sus gentes en movimiento.

Feliz idea la organización de la Gran Feria Extraordinaria. Con ella, Tortosa parece decidida a caminar al paso de las poblaciones más progresivas.

Felicitémonos. Alguna vez nuestra ciudad nos había dado la impresión de un viejo galeón inmóvil en medio del verde mar de los cultivos, que no podía navegar por falta de viento.

¿Qué soplo de optimismo hinchó de nuevo las velas de la nave tortosina, que vuelve a navegar bajo los mejores auspicios?

¿Fiesta en el río? Bien. Magnífico. Festejemos al río. Los festejos en él, tienen la ventaja de ofrecer amplio margen de visibilidad a los espectadores.

El río es nuestro amigo. Mirad cómo, en el verano seco y candente, sus aguas parecen acortar el paso para recrearse en el bullicio de nuestras Fiestas.

Es maravilloso. De noche, hasta las estrellas, coquetas, se miran en el espejo del viejo Ibero y éste se esponja de gozo en olas suaves con rizos de espuma.

El río es nuestro amigo. Él nos deja a su paso el sedimento de su historia, de su poesía. Por la enorme herida de su cauce se desangran los altos valles y las montañas de Cantabria, de la Rioja, de Aragón, de Cataluña, para hacer fecundos nuestros campos.

Él roba tierra de otras tierras para depositarla en la nuestra y hacerla día a día más grande, en el incesante crecer del Delta.

Él amamanta nuestros arrozales para que en los hogares ribereños no falte el pan y la salud y la alegría que dan las buenas cosechas.

Y hace cantar el agua en nuestra hermosa vega.

Y nos ofrece esas maravillosas puestas de sol en que el crepúsculo es un conjunto de luces que esparcen por la superficie del agua innumerables reverberaciones.

Y deja, gustoso, que sobre sus blandas espaldas se solacen los deportistas.

Su curso es el dedo que señala a nuestra ciudad la ruta de su destino, de su futuro prometedor, por los caminos sin huellas del mar latino, cara al vasto mundo.

Por esto digo que el río es nuestro amigo.

Noche final de las Fiestas. En las riberas del río, sobre el puente y en las azoteas se apiña la gente, ávida de admirar el mundo ígneo de palmeras, fuentes, jardines y figuras múltiples que trazan en el espacio oscuro, infinito, los fuegos artificiales.

El último estampido nos despierta del sueño maravilloso de las Fiestas y nos vuelve al mundo real. Y a la paz de los días iguales, con la vuelta a la vida en prosa de los números, el papel de oficio, las máquinas y los surcos.

Font: biblioteca.tortosa.cat